

LA CONSTRUCCIÓN LITERARIA DEL PAISAJE DE GREDOS¹

PEDRO TOMÉ MARTÍN

INTRODUCCIÓN

Siendo propio de los seres humanos el contar historias —pues no hay humanidad sin capacidad de narrar—, todos los pueblos de los muchos que en el orbe existen tienen algún especialista en ese arte. Son aquellas personas, hombres o mujeres, que manejan —a decir de quienes los oyen y leen— las palabras de modo tal que permiten ver la realidad, las realidades, sin tener que mirarlas de frente. Considerados diestros en las palabras dichas o escritas, narradores de sueños, inventores de alucinaciones que se antojan más reales que el propio cuerpo, profesionales de los cultos, apólogos de líderes o simples descriptores de lo que dicen que hay, deleitan a quienes comparten su vida con ellos; o les provocan toda suerte de sensaciones, evocaciones, imágenes, creencias, etc. Usual es que estos efectos superen lo individual y puedan llegar a compartirse, haciendo creer a algunos que de la participación conjunta de una idea puede nacer algo tan resbaladizo y cuestionable como el *Volksgeist* hegeliano, o tan errado como aquello que Durkheim, de un modo discutible, denominara “conciencia colectiva”.

Sea como fuere, estos “profesionales de las palabras” contribuyen a crear imágenes e ideas que pueden condicionar la visión que se tiene de un determinado espacio o entorno. Por tanto, no es cuestión baladí cuan-

¹ Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación del Ministerio de Economía y Competitividad (Mineco) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (Feder) a la investigación de referencia CSO2015-66405-P en el marco del proyecto de investigación de I+D “Evolución de las concepciones sobre la naturaleza en áreas protegidas del interior”. Agradezco a mis compañeros de la Unidad de Sistemas de Información Geográfica y Humanidades Digitales (SIGyHD) del Centro de Ciencias Humanas y Sociales la elaboración del mapa que incluyo.

FIGURA 2. SIERRA DE GREDOS.



Fuente: Foto Pedro Tomé.

(Bourdieu). Por tanto, estarán ligadas de manera ineludible a “actos de habla indirectos” (Searle) que podrán provocar *performativamente* conductas desemejantes. O, dicho de otro modo, en la medida en que no hay descripción de lo natural, separada de la idea de lo humano, distintas descripciones de la naturaleza podrán propiciar relaciones diferentes con el entorno y, en consecuencia, procesos sociales, culturales y económicos no necesariamente convergentes. En todo caso, esta constatación no debe entenderse como la denuncia de una supuesta falsificación de lo percibido para obtener ciertos propósitos. Más bien, plantea la necesidad de tener en cuenta las consecuencias performativas que, en función de criterios no siempre explícitos, plantea la generación de discursos hegemónicos potencialmente subordinados a determinadas construcciones políticas sobre lo natural.

Pues bien, en las páginas que siguen pretendo hacer un recorrido somero por las visiones de la naturaleza que han tenido los escritores y viajeros que se han referido a la Sierra de Gredos. Prestaré especial atención a la figura de Miguel de Unamuno, quien, en su intento de mostrar a Gredos como “corazón rocoso de España”, utilizaría estos parajes como recurso literario para, aunando a lo religioso y lo político, reflexionar

sobre lo que él creía que debía ser la identidad de España. Esta mirada sobre la producción literaria acerca de Gredos es preliminar —aunque simultánea— a la realización del trabajo de campo que durante los últimos años he efectuado en el septentrión gredense. Sin duda, contribuye a comprender algunas ideas dominantes sobre la sierra (tanto de muchos de los vecinos como de visitantes, cuyo primer acercamiento a estos paisajes ha sido a través de la literatura). Sin embargo, tales concepciones —aunque aquí se apunten—, por cuestión de espacio, deberán ser necesariamente objeto de otro texto.

LA SIERRA DE GREDOS EN LA LITERATURA

Ganaderos y pastores, que con el ganado trashumaban —todavía hoy algunos lo hacen— cambiando de meseta, en busca de pastos a través de sus puertos han cruzado históricamente una Sierra de Gredos situada en el centro de la península ibérica. También lo han hecho todo tipo de viajeros que recorrían la vía Lata romana, que con el tiempo sería conocida como vía de la Plata. Igualmente, su proximidad a Madrid —de la que, por su poniente, dista poco más de 150 kilómetros— ha hecho que numerosos cortesanos (desde que tal ciudad es corte) la hayan visitado. Más ahora que la gran ciudad precisa de respiraderos en los que aliviar el estrés urbano. No ha de extrañar, pues, que desde que mediando el siglo XIV fuera nombrada en el *Libro de la Montería*, de Alfonso XI, como un “buen monte de oso en verano” (1877, II: 155-156), esta sierra haya aparecido en tantas páginas; sólo enumerarlas excedería los límites de este escrito. Como sea, la Sierra de Gredos ha fascinado a escritores desde hace mucho tiempo. Juan de Padilla, apelado el Cartuxano, la incluye en su poema de 1521, titulado “Los doce triunfos de los doce apóstoles”:

Vuelvo la cara con dino semblante
al absorbedor de mis dudas enormes
como a maestro que bebe de Tormes
de Gredos la fría montaña manaste
(De Padilla, 1912: 307).

Nicolás Fernández de Moratín, en 1765, al hablar de “la caza de las fieras y su naturaleza”, señala que es en Gredos donde nacen las tormentas y esos fuertes aguaceros que se denominan *turbiones*:

Y la sonora tempestad creciendo,
Granizo espeso con furor da al valle;
La laguna de Gredos respondiendo
Desde las sierras de Ávila, a encontralle
Despide otro turbión, y con desmayos
Todo es trueno relámpagos y rayos
(1848: 62).

También Pedro Antonio de Alarcón recordará, a finales del siglo XIX, “aquellas tormentas que tan formidables son en las sierras de Gredos” (1918: 74). Esta visión sobrecogedora de un lugar dominado por las inclemencias meteorológicas se mantiene, en buena medida, hasta nuestros días. La obra del controvertido Premio Nobel de Literatura Peter Handke es prueba de ello. En *Der Bildverlust oder Durch die Sierra de Gredos* (publicada originalmente en 2003 y vertida al castellano como *La pérdida de la imagen o por la Sierra de Gredos*), hace que la protagonista de la novela, una directiva de un banco alemán que viaja a España, lleve una inusual guía titulada “Manual de los peligros de la sierra de Gredos”, cuyos capítulos incluyen “Torrentes y crecidas”, “Tormentas”, “Vacas y bueyes que pastan libremente por las montañas”, “Serpientes”, “Animales salvajes”, “Plantas peligrosas”, “Incendios forestales”, “Extraviarse” (el capítulo más largo), “Ventiscas de nieve y granizo”, “Aludes”, “Las rocas cuchillo”, “Las cascadas venenosas”... (Handke, 2019: 98). De hecho, dirá la protagonista que: “La sierra de Gredos es para mí la cordillera que significa peligro, no sólo el peligro físico, sino peligro en general” (2019: 119), ya que en “todas las veces que ella había estado allí, sólo en escasos momentos le había mostrado un rostro pacífico; lo que por regla general le había mostrado no era esto sino un rostro hostil, un rostro amenazador, más aún, ni siquiera simplemente el rostro de un antropófago, le había mostrado el rostro de la muerte. Y esta región era la sierra de Gredos” (2019: 137). Y si Pedro Antonio de Alarcón recuerda las tormentas, Handke habla de lo atrayente de un territorio de

“rayos y truenos, junto con un aguacero continuo y despiadado de agua fría que se prolonga hasta que empieza la noche, y algo más arriba, junto a las vertientes cortadas a pico de alrededor, ventisca y *blizzard*, una tormenta huracanada de copos de nieve” (2019: 275).

De tan lóbrega visión, muy del gusto romántico (y neorromántico), ya se había burlado Pío Baroja, al arrancar el siglo XX, en *La dama errante*, publicada en 1908. Refiere en esta obra un posadero que “en la parte más alta, en la Peña de Almanzor, existía una laguna misteriosa y sin fondo, en cuyas aguas moraban unos animales tan terribles, que si caía un buey lo devoraban inmediatamente y no dejaban de él más que los bofes, que sobrenadaban en la superficie del lago”.² Baroja, siempre sarcástico, corta el desvarío: “María pensó en su primo Venancio, en aquel sonriente destructor de leyendas que se había bañado en la laguna de Gredos y buceado en sus aguas sin pescar ni el terrible monstruo, ni la más modesta ondina, ni aun siquiera un ligero catarro” (1908: 174). Y en otro lugar de la misma obra, Pío Baroja, quien con su hermano, el pintor Ricardo Baroja, había acampado en Gredos, utiliza la limpia imagen de los cielos y las cristalinas aguas que destilan sus picos nevados para criticar el cenagal en que se está convirtiendo el país: “El aire era diáfano, limpio, luminoso, como el de un mundo nuevo acabado de crear; sobre las crestas de la Sierra era de un azul intenso y radiante. [...] Esa agua limpia que viene de la Sierra se estanca y se convierte en un pudridero. ¡Y en España con todo pasa lo mismo!” (1908: 197).

Esta visión “higiénica” de las montañas gredenses fue subrayada por Gregorio Marañón, quien, luego de un viaje realizado a la misma en 1919, escribió un “Elogio médico de la Sierra de Gredos”, en el que asevera lo siguiente: “Gredos es algo extraordinario; es la suma de todas las cosas sanas y admirables que encierra el clima de montaña, en todos sus aspectos y en todas sus altitudes. En ninguna parte del mundo se dan, reunidos bajo un cielo tan maravillosamente azul, con un sol tan constante y hermoso, la dulzura de los valles templados de Arenas de San Pe-

² El nombre de Peña de Almanzor, o más correctamente Pico Almanzor o Plaza del Moro Almanzor, es el topónimo del punto más elevado de la Sierra de Gredos, con 2591 msnm. Su nombre se vincula con Almanzor (al-Manšūr), el caudillo del califato cordobés que legendariamente habría ascendido a caballo a esta cumbre en el siglo X (se trata del segundo pico de derecha a izquierda de figura 2).

dro, los climas, aun suaves, pero más tónicos y fuertes de las regiones de Piedrahita y Barco de Ávila y, por fin, toda la gradación de alturas, con toda la gradación de floras, que termina en las regiones empenachadas por las nieves perpetuas” (1919: 84).

Esta clara visión de Gredos, antagónica del tenebrismo romantizador, fue también expuesta de modo anecdótico por la irlandesa Kate O’Brien y el filósofo de Harvard George Santayana. Así, en *Mari Lavelle*, publicada en 1936, la escritora contrapone las suaves ondulaciones sin hojas de los páramos castellanos a “la claridad diamantina de los Picos de Gredos”. Una visión resplandeciente que recordará diez años después en su invención histórica *That Lady*, en la que, al recrear el conflictivo triángulo entre Ana de Mendoza, princesa de Éboli, Felipe II y su secretario de estado Antonio Pérez del Hierro, apunta que, desde unos amplios ventanales, “se veían a occidente los brillantes picos de la sierra de Gredos, immaculados, contra el cielo azul”. Por su parte, el filósofo recuerda en su autobiografía *Personas y lugares*, de 1944, las montañas de Gredos como “purpúreas a la vista y, por así decirlo, licuadas por exceso de luz” (2002: 139).³

Otro Premio Nobel, Hemingway, antifascista como O’Brien, mostró su atracción por la bonanza de estas serranías cuyo paisaje es convertido en *Por quién doblan las campanas* en escenario bélico:

—¿Conoces Gredos? —preguntó el Sordo—. ¿Lo conoces bien?

—Sí— dijo Robert Jordan (Hemingway, 1969, I: 1081).

Hasta tres veces le pregunta el Sordo a Robert Jordan si conoce Gredos, para asegurarse de que es un buen lugar para esconderse y desde el que operar, “una región grande y agreste” (1969, I: 1081). Y, además, apacible: “Si vamos a la Sierra de Gredos después de lo del puente, allí hay buenos arroyos de truchas y también de cangrejos. Confío en que iremos a Gredos. Podríamos pasarlo en Gredos de primera, en el verano y en el otoño; aunque hará un condenado frío en invierno” (1969, I: 1320).

³ Ramón J. Sender sugería que la filosofía de la luz de Santayana habría nacido de estas sierras: “Andaba Santayana entre las nubes de Gredos y Ávila. Nubes prestigiosas de las que caía sobre el pensamiento de Santayana una luz tan fuerte que hacía las cosas confusas a fuerza de claridad” (1998: 13).

Mas pocos lugares pueden decirse agradables en tiempos de guerra. Y Gredos no es excepción. En *La noche en que fui traicionada*, novela de Andrés Sorel, lo patentiza la protagonista al recordar las palabras de su abuelo arrestado por la Guardia Civil: “No es sólo aquí, en casi todos los pueblos de Gredos se está asesinando a los maestros, a los mejores, los que amaban la enseñanza e intentaban formar unas generaciones más cultas” (2002: 80). Así pues, durante ese tiempo, como todo el país, el verdor gredense devino yermo y el albor de las cumbres fue un “río de sangre en que se había transformado la nieve de Gredos”. En definitiva, el anhelado *locus amoenus* que buscan los poetas dejó asiento a un *locus eremus*.

Por cierto, que el estadounidense no es el primer escritor que usa la Sierra de Gredos como lugar para ocultarse. De hecho, esta idea ya había sido planteada en 1840 por el conde francés Víctor du Hamel en *La Ligue D’Avila ou L’Espagne en 1520*, vertida al castellano en 1847 como *La liga de Ávila: novela del tiempo de las Comunidades de Castilla*. En esta novela, prácticamente desconocida,⁴ la sierra —que el autor llama “Grados”— es el lugar en el que se esconde un ejército morisco cuyas huestes, llegadas desde las Alpujarras granadinas, habrían acudido a la llamada de Abbas Abdallah, quien, al observar el levantamiento de los comuneros de Castilla contra Carlos I, cree que es el momento adecuado para convertirse en “el vengador y regenerador de los musulmanes de España” (1847: 103).

Por otra parte, la conversión de Gredos en un insólito —por más que cercano— lugar ha ido pareja en ocasiones de la consideración de sus habitantes como exóticos o extravagantes. Para el citado Handke (2019: 356-357), la población de un imaginario pueblo gredense llamado Pedrada es “más niña que los niños, pasaba horas enteras del día ocupada en negocios de trueque; los trueques que se llevaban a cabo eran siempre tan desatinados y absurdos que los comerciantes que hubieran venido de fuera —la verdad es que no venía ninguno— con estas cabezas de chorlito habrían podido hacer juegos [...] uno daba un reloj de bolsillo de oro a cambio de una figura de ajedrez —ni siquiera una de marfil o de cristal de roca, sino de madera—. El que en este trueque había

⁴ En algunas de las escasas ediciones existentes de esta obra (por ejemplo, la de Hard Press [2017]), figura como autor Francisco de Paula Mellado, quien en realidad es el propietario de la imprenta madrileña en que se publicó la edición en castellano de 1847.

obtenido el reloj de oro, en el momento siguiente lo cambiaba por una marmota de cristal de colores, a cambio de la cual el primero que pasaba le estaba ofreciendo ya un banco para sentarse, una primera edición del *Quijote* o una caja de manzanas bendecida por uno de los ermitaños que había arriba, en la cresta de la sierra, y así sucesivamente”.

No extraña, pues, que a ninguno de “los que estaban establecidos en el lugar le importaba nada de lo que ocurría más allá de las fronteras de su región” (2019: 356-357). Esta idea, por cierto, ya había sido manejada a finales del siglo XIX por el ya nombrado Pedro Antonio de Alarcón (1918: 277), para quien los habitantes de esta sierra son prototipo de las personas que desdeñan todo aquello que no son sus propios problemas:

¿Qué son hoy, pues, para mí aquellas tierras que cruzó *mi cuerpo*, en tanto que mi alma viajaba por otra parte, quizás por la Alcarria, quizás por Andalucía? ¡Lo que la vida es para una vieja; lo que nuestras luchas políticas o controversias filosóficas son, verbigracia, para los pastores de la Sierra de Gredos, lo que debió de ser, por ejemplo, para mis amigas las monjas de Ocaña la muerte de lord Byron!

Para Miguel de Unamuno, sin embargo, sí tienen interés por lo que ocurre, pero su aislamiento les hace ser ignorantes de lo que sucede fuera de la sierra:

Hablábamos a la caída de la tarde, descansando al pie de un ventisquero, de cosas impertinentes a aquella grandiosidad que nos rodeaba, y al mentar uno de nosotros a Maura, un pastor que nos oía, hubo de preguntarnos: “¿Pero no han matado a ese señor?”. Sorprendidos por la pregunta, y recelando no tuviese noticias más frescas que nosotros, le interrogamos y resultó que se refería al atentado de que dicho señor fue objeto en Barcelona hace más de un año. “Hace tres días que lo he leído en un periódico”, añadió el pastor. Y al despedirnos de él para bajar a los valles en que habitan los hombres con sus mujeres, encontramos la explicación del caso, pues nos pidió los periódicos en que habíamos llevado envuelta nuestra merienda. Era lo que leía, y la noticia del atentado a Maura le llegó por un número de periódico que dejaron allá entre los riscos unos excursionistas.

¡Feliz mortal! Había de estallar una revolución a sus pies sin que él se enterase (Unamuno, 1966c: 351).⁵

En suma, estas pinceladas impresionistas muestran que la Sierra de Gredos es también “un género literario que dejó su impronta en todos aquellos que la transitaron” (Pulido, 2011: 149), incluyendo desde el regeneracionista Constancio Bernaldo de Quirós, que hubo de recordar la desde el exilio, hasta Camilo José Cela, que tranquilamente la atravesó durante el franquismo. El primero, olvidado de todos y sólo recientemente recordado por unos pocos tras tener que exiliarse de manera sucesiva en Francia, República Dominicana y México, recordaba desde el Caribe “las veladas de Gredos”, en las que los cielos de la Sierra se le hacían presentes en nocturno esplendor: “El Almanzor resultaba vencido por las estrellas, bajo los paisajes de las constelaciones inmortales que la noche desenvolvía, haciendo girar la bóveda del cielo. Abrumados por la grandeza de aquel misterio en las alturas transparentes que nos acercaban los astros como la lente de una ecuatorial, callábamos todos, en definitiva, murmurando a lo sumo las palabras de fray Luis de León en su *Noche Serena*: ‘Morada de grandeza, templo de claridad y hermosura’” (2009: 265). El segundo, agasajado por doquier antes y después de recibir el Premio Nobel, asistió al homenaje que se le tributó en el sur de la sierra, en Candeleda, en 1981, durante el cual se inauguró una calle con su nombre. Falleció, no obstante, mucho antes de ver cómo en la vertiente norteña El Barco de Ávila renombraba, en 2017, un paseo en su honor: el Paseo del Vagabundo. En ambos casos, Candeleda y Barco de Ávila hacían, con tales distinciones, mención expresa de la obra publicada en 1956 con el título de *Judíos, moros y cristianos: notas de un vagabundaje por Ávila, Segovia y sus tierras*. Entre otros parajes descritos en esta crónica de viajes, se incluía la misma travesía que años después haría la protagonista de la obra de Handke, desde el septentrión de Gredos —“El Tormes gusta de ver, de oler y de tocar desnuda la espalda de Castilla” (1956: 259)— hasta al meridión —“Candeleda tiene de todo; es como el arca de Noé de los tres reinos de la naturaleza, a saber: el animal, el vegetal y el mineral” (1956: 268)—. Vagabundo,

⁵ Salvo que indique lo contrario, las referencias a las obras de Unamuno están tomadas del correspondiente tomo de la *Obras completas*, editadas por Manuel García Blanco en 1966.

no obstante, *sui generis* si atendemos a la “frugal” cena que degustó en Bohovo, uno de los pueblos de la sierra, antes de iniciar la marcha: “El Vagabundo, quizá por aquello de que a la ocasión la pintan calva, se comió tres platos de judías con chorizo, una perdiz escabechada y medio jamón, de postre; se bebió lo que le dio tiempo a trasegar y, recordando que de grandes cenas están las sepulturas llenas, procuró hacer la digestión despierto” (1956: 260)

En todo caso, no puede obviarse, como ya he indicado *in extenso* en otro lugar (Tomé, 2016), que, más que descripciones naturalistas (en el sentido literario), hay en estos textos una exhibición de modelos de relaciones sociales que buscan ser sostenidas, criticadas o revitalizadas, según los casos. Es decir, las descripciones de los paisajes gredenses a las que me estoy refiriendo no pretenden contarnos cómo es la tierra de la que hablan, sino, más bien, se enfocan en valores sociales que deben suponerse insertos en los naturales. Esto resulta, en particular, notorio en quien, por encima de los escritores nombrados (incluidos los muchos poetas que a la Sierra de Gredos han cantado y a los que no me refiero por falta de espacio), sería el cultivador por excelencia de este género literario que es la Sierra de Gredos: Miguel de Unamuno.

GREDOS Y LA RELIGIÓN DE LA PATRIA

Escribía Miguel de Unamuno en 1909: “Mientras viva me quedará recuerdo de mi correría por las faldas de Gredos” (1966b: 283). Y, efectivamente, a lo largo de su vida las distintas visiones que tuvo de Gredos fueron reiterándose en la elaboración de una determinada idea de España. De hecho, desde Fuerteventura (la isla canaria a la que el directorio militar de Primo de Rivera lo desterró en 1924, a la vez que lo cesaba como rector de la Universidad de Salamanca), a punto de cumplir la sesentena—, evocaba a Gredos a través de un soneto:

Gredos, que en la robusta primavera
de mi vida llenó de mi alma el vaso
con visiones de gloria
que hoy repaso

junto a esta mar que canta lagotera.
(1966h: 710).

Un mes después de que a finales de enero de 1930 cayera la dictadura de Primo de Rivera, Unamuno, recién regresado a Salamanca, escribe una postal al farmacéutico de El Barco de Ávila, Pedro Canalejo, contándole: “Ah, nuestro Gredos, nuestro Gredos, espinazo de España, que hace pocos días contemplé, mi querido amigo, yendo a Béjar. Lo que he soñado con él en las soledades sahárnicas de Fuerteventura, en las soledades populosas de París, en el rincón fronterizo de Hendaya, al pie de mi Pirineo vasco” (González Canalejo, 2015: 466). Así, la evocación nostálgica de Gredos durante el destierro “adquiere valor de signo moral” (González Egido, 1983: 75):

Te llevo en mi con mi vida,
Salamanca,
y el aire claro de Gredos
dejó en mi verdad de España
[...]
Del Almanzor en la cumbre,
Salamanca,
aprendí verdad-justicia,
Que es religión de la patria.
(1966j: 779).

Así pues, esta serranía, que es “religión de la patria”, más que imprescindible elemento para entender su biografía, debe comprenderse como un instrumento intelectual, un articulado argumento al servicio de la construcción de lo que Daniels (1993) denomina una “topografía patriótica”:

Gredos, Almanzor, el Tormes
Piedrahita del Duque
Barco de Ávila...
(1966i: 956).

En esa dimensión, Gredos servirá a Unamuno tanto para vindicar el lugar delectable en el cual —siguiendo las ideas promovidas por Gregorio Marañón— fortalecer cuerpo y alma⁶ como, sobre todo, para exaltar esa “religión de la patria”, en la que lo político y lo religioso se aúnan en una identidad difícilmente discernible: “Viendo ceñir los relámpagos a los picachos de Gredos se me reveló el Dios de mi patria, el Dios de España” (1966b: 285). Por tal motivo, “predicar, como Pérez-Cardenal hace, el culto activo y práctico de nuestra naturaleza, es predicar patria y es predicar también evangelio” (1914: III). Esta simbiosis identitaria entre una forma de entender la religión y una forma de entender la patria —concretada en las cumbres nevadas de Gredos— se muestra igualmente en la entradilla del soneto LXXVI que aparece en *De Fuerteventura a París* y que literalmente reza: “Contestando a la llamada del Dios de España que tiene su trono en Gredos” (1966h: 721). En este sentido, Unamuno presentará la Sierra de Gredos, más allá de la materialidad de sus rocas, valles o cumbres, como una suerte de símbolo de una imperecedera temporalidad a la que deben aspirar quienes anhelan la paz. Ello, con independencia de que se trate de un mero sosiego fugaz: “El que quiera buscar paz suba a esas cimas” (1914: III); o de que se esté buscando algo inmarcesible: “¡Ser enterrado en lo alto de Gredos!” (1966g: 572).⁷

Por otra parte, como en el caso de Baroja, la visión bucólica de las nieves de Gredos —“manto sin podredumbre/ templo de nuestro Dios, ¡el Español!” (1966k: 512)— sirve a Unamuno como contrapunto de una España decadente. Así se lo confiesa por carta a Rubén Darío,⁸ al que, arrancando el siglo xx, confiesa que, frente al “achatamiento que

aquí nos oprime”, ha optado por recluirse “aquí, en mi casa, teniendo frente a mi balcón la extensa sierra de Gredos, nevada ahora, me constituyo un universo” (1996: 81). A esa “nieve evangélica de Gredos” (1966i: 1342) acude también cuando se cartea con el argentino Manuel Ugarte en 1902: “Digiero mis lecturas y estudios contemplando la sierra de Gredos, nevada ahora, que parece un camafeo del cielo puro de esta tierra, no cosa de bulto sino cincelada en los bordes del celeste horizonte” (1996: 133).

La fascinación que la sierra le provoca convierte su vuelta a Gredos en una necesidad para Unamuno: “Todos los años tengo que hacer alguna ascensión” (1966b: 283). Aunque sólo sea porque en ellas “se pone uno el alma en mangas de camisa” (1966c: 352) y se da “cuerda al corazón con el aire libre de las cumbres” (1966c: 353). Con ello, en la medida en que este ascenso a la montaña es una actividad no sólo espiritual sino también corporal, Gredos, allende su materialidad, puede proporcionar a la identidad castellana y española una concreción corpórea:

Sol, hielo y musgo, sobre el espinazo
del páramo, como él ardiente y seco,
roca viva, será que no un muñeco
de arte vil, para la carne lazo.
Y no en pulido mármol, en granito
entraña de mi tierra, áspero y duro,
que en Gredos se levanta al infinito,
vencedor del pasado y del futuro
(1966l: 877).

Dotada, pues, de corporalidad la religión de la patria, Gredos podrá ser considerada como el corazón de esa Castilla que, a decir de Unamuno y otros noventayochistas, es compendio del país. Es decir, el acercamiento patriótico al paisaje le permite contemplar las montañas de Sistema Central como un “rocoso esqueleto de España” que tiene a Gredos como su centro: “Castilla está llena de sierras bravas y su espinazo central, entre las cuencas del Duero y el Tajo, esa cordillera que ensarta las sierras de Guadarrama, Gredos, Béjar, Francia y Gata, es de lo más hermoso. [...] Y el verdadero corazón de Castilla, un corazón desnudo,

⁶ “El cuerpo se limpia y restaura con el aire sutil de aquellas alturas y aumenta el número de glóbulos rojos, según nos dijo un catedrático de Medicina; pero el alma también se limpia y restaura con el silencio de las cumbres” (Unamuno, 1966c: 351).

⁷ Esto, no obstante, no debe interpretarse como las perpetuas dudas agónicas de Unamuno se deshacían ante la visión de la Sierra de Gredos: “¡Visión eterna la de Gredos! Eterna, sí; y no porque haya de durar para siempre —¿la llevaré conmigo bajo tierra cuando me arrope para el sueño final en ella?—, sino porque está fuera del tiempo, fuera del pasado y del futuro, en el presente inmóvil, en la eternidad viva. ¡Visión eterna la de Gredos!” (1966g: 570).

⁸ Ignoro si por entonces Unamuno sabía que desde 1895 Rubén Darío convivía con Francisca Sánchez, una campesina natural de Navalsauz, un pueblo de Gredos, a quien había conocido incidentalmente en Madrid cuando, como periodista del argentino *La Nación*, entrevistaba a Valle Inclán. Con ella viviría durante dieciséis años, considerándola su genuina mujer, a pesar de no contraer matrimonio por estar él ya casado y no poder anular su anterior casamiento.

todo roca, que se levanta al cielo buscando por encima de las nubes al sol, desnudo también, es Gredos. Es su cima a donde hay que ir a recibir el sacramento de la confirmación de la patria” (1914: 11).

En suma, en la obra unamuniana, Gredos es básicamente lugar desde donde pensar España en todas sus dimensiones. Tanto en su grandeza, “los picos de Gredos, en donde no ha muchos días soñé en la España inmortal” (1966d: 358), como en su decadencia:

Mientras cae el baldón sobre ti, España,
con el silencio de la nieve, dora
tu viejo sol en cada vieja aurora
Gredos, la vieja cumbre de tu entraña
(1996h: 676).

Ahora bien, más allá incluso de los anhelos del rector *salmanticense*, esto implica la imposibilidad de entender el paisaje, en cuanto construido, al margen de los procesos históricos que en él y sobre él han operado. O, dicho de otro modo, al contemplar el paisaje (las montañas de Gredos), más que rocas, contemplamos la inscripción en ellas de las memorias, aunque dolorosas, frente aquello que se quiere olvidar:

Ay, mas si duermes, soñarás, ¡me aterral,
la historia de tu España, pesadilla
secular, ¿será Gredos la rodilla
de Caín sobre Abel tendido en tierra?
(1996h: 726).

Premonitorios versos escritos por quien inicialmente vio con buenos ojos la sublevación franquista, que luego aborrecería; y fallecería, en arresto domiciliario, sin saber que muchos parajes de Gredos se estaban llenando de fosas comunes (como indicaba la novela citada de Sorel) ni que, andando el tiempo, sus palabras serían profusamente utilizadas por los partidarios del régimen faccioso para identificar religión y Estado, construyendo una nacionalcatólica “religión del Estado”, propósito muy diferente del que él había perseguido.

“CORAZÓN PÉTREO DE ESPAÑA”

La obra de Unamuno, polémica desde muchos puntos de vista, no sólo ha sido utilizada políticamente para fines diferentes de los que pensaba el escritor vasco. De hecho, más recientemente, una imagen estereotipada de la misma comienza a aparecer en reclamos publicitarios de la Sierra.

Si la cercanía a Madrid hizo que desde comienzos del siglo xx la Sierra de Gredos recibiera visitantes, su declaración como Parque Regional en 1996 ha hecho que éstos se incrementen notablemente, al punto de convertirla en un “espectáculo natural”. Al igual que otros espacios naturales, en la Sierra de Gredos la naturaleza ha sido previamente convertida en recurso económico y, después, en un “producto” al que llegan numerosas personas para vivir experiencias (Tomé, 2017). En este contexto, algunas de las visiones literarias que hablan de lo natural pueden ser utilizadas bien para ayudar a conducir las sensaciones que se tienen al contemplar el mismo espacio que un literato ha descrito previamente, o bien para prestigiar al lugar y a quien lo visita. En relación con estas dos posibilidades, se hace preciso reconocer que la aspereza de los ensayos unamunianos —no así, quizá, sus novelas— difícilmente se acomoda a los modelos turísticos de naturaleza imperantes. En parte porque su reflexión sobre el paisaje aún el compromiso del mismo con las necesidades políticas de su época; algo que no parece muy acorde con el despreocupado consumo que busca comunicar esas experiencias en las redes sociales.

Ahora bien, pareciera que la segunda posibilidad (que Unamuno sea utilizado como parte de la publicidad de la Sierra) es más factible. De hecho, establecimientos hoteleros y turísticos se hacen eco de la presencia de Unamuno en la comarca. Así, la empresa Alojamientos Rurales en Gredos, conocida en el norte de la sierra como el hotel de Alfonso, en Hoyos del Espino, señala en su web que “D. Miguel de Unamuno se consideró a sí mismo ‘poeta mayor de Gredos’ y, como tal, su labor fue la difusión, a través de sus escritos, de la belleza de nuestra sierra” (Alojamientos, s.f.). Después de esto, la página web incluye una remembranza que tuvo Unamuno de Gredos, en París, así como un poema alusivo a la misma. También la empresa Sensación Rural S.L., propiedad de una agencia de mercadeo (Grupo o10media), afirma en su portal turístico en

línea que uno de los principales alicientes para visitar estas montañas es que fueron consideradas por Unamuno el “techo de Castilla y corazón pétreo de España” (Sensación Rural, s.f.). La misma referencia (“corazón pétreo de España”) la incluye la empresa Terranostrum en su página web sobre “Turismo activo en la Sierra de Gredos y Valle del Tormes” (Terranostrum, s.f.). Por su parte, en la web de Sogredos, dedicada al alquiler de casas rurales, al describir las rutas de senderismo que el visitante puede hacer por la sierra, se recuerda el ascenso que Unamuno hizo al Venteadero desde Bohoyo, “escribiendo después de bajar en agosto de 1911: ‘Sólo aquí en la montaña, solo aquí con mi España —la de mi ensueño— cara al rocoso gigantesco Ameal’” (Sogredos, s.f.).

Con ese mismo poema, pero completo, arrancan las casi 300 páginas de la guía *Gredos, roca viva* (Santamaría *et al.*, 1995), publicada por Promotora de Actividades Turísticas, S.A. En la misma, se justifica el título de la obra acudiendo a la unamuniana descripción de la sierra. También la *Guía Rother, Sierra de Gredos: Circo de Gredos, Valle del Tiétar, Valle del Jerte. 56 excursiones* (Plikat, 2011) arranca su “Prólogo” aludiendo a la definición unamuniana de Gredos como “santa montaña, roca desnuda, corazón de España”. Añade que una de las razones para hacer senderismo en estas montañas es su carácter de “corazón pétreo de Castilla” (2011: 15). Además, en la excursión 32, “Por la Garganta de Bohoyo”, se recuerda que ese camino fue realizado por el Unamuno en el ascenso antes referido al lugar conocido como Venteadero (2011: 116). De signo diferente —por concluir esta breve cata deliberadamente no exhaustiva— es la guía *Montañas de Unamuno. 32 rutas naturales* (Serrano, 2018), que incluye la ya citada subida al Venteadero, junto a otras caminatas por España, Portugal, Suiza, Francia e Italia.

DE LA TOPOGRAFÍA PATRIÓTICA AL REGIO COTO DE CAZA

La aproximación que hace Unamuno a la Sierra de Gredos es fácilmente parangonable con otras que, en los mismos años, hicieron pensadores de todo tipo sobre diversas montañas. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, no pocos intelectuales europeos se dirigen a la naturaleza, al

medio rural, a las montañas, en “búsqueda de un suelo patrio, un sustrato físico a la vez auténtico e inocente” (Casado, 2010: 16). De algún modo, demandan —y Unamuno no es ajeno a esta tendencia— un fundamento físico y moral preexistente en el que puedan descansar unas supuestas esencias de la patria. También una clave de bóveda que pueda ser “el punto de partida y la garantía de un resurgimiento en lo económico y en lo moral” (2010: 18). “Recordaba a Gredos, y recordaba, sobre todo, aquella austera, noble, huesuda y solemne Castilla, que es todo menos un jardín” (1966a: 232), dirá Unamuno, abandonándose a un cierto determinismo ambiental en ese afán por ver el paisaje como encarnación de valores sociales que permiten contemplar el rocoso granito como concreción de una estereotipada identidad. Las propias producciones literarias se hacen eco de esas tendencias: “Eran tiempos —dice la protagonista de la novela citada de Andrés Sorel— en que numerosos intelectuales se lanzaban a la conquista fotográfica, pictórica y literaria de Gredos. Desde Unamuno a Gustavo de Maeztu” (Sorel, 2002: 135).

De hecho, la aludida ascensión de Unamuno al Venteadero en 1911 ocurrió sólo un mes después de la primera cacería que Alfonso XIII realizó en el Coto Real de Gredos, creado en 1905. Igualmente, en ese año de 1911 se fundaría la sociedad alpinista Gredos-Tormes (González Canalejo, 2015: 250) y la Comisaría Regia de Turismo adoptaría la decisión de construir un alojamiento que diera servicio al rey y sus acompañantes, materializado en la apertura, en 1928, del Parador Nacional de Gredos. A la vez, se popularizaron guías de senderos y escalada, como la de Andrés Pérez-Cardenal (1914), para la que Unamuno escribiría un epílogo; o la de Manuel González de Amezúa (1930), fundador del Club Alpino Español. Todo ello incardinado en un contexto “nacional” en el que, entre otros hitos, se creaba en 1913 el Museo Nacional de Ciencias Naturales o se aprobaba la Ley de Parques Nacionales (1916). Gracias a esta ley, se declararían en 1918 el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga y el Parque Nacional del Valle de Ordesa. Algo que no ocurriría en el caso de Gredos, a pesar de las peticiones que en tal sentido hubo. Es más, entre el uso de estos espacios protegidos para cimentar una patria y el que se dará a la Sierra de Gredos hubo una nítida diferencia ligada a los diferentes procesos de construcción histórica del paisaje.

El uso político de los sentimientos asociados al paisaje había tenido un primer hito en España en los comienzos del siglo xx, con el intento de convertir en parque nacional la Montaña de Montserrat, porque “sería un prodigio para el creyente y un monumento para el patriota” (Casado, 2010: 245). Aunque la tentativa de su promotor, Puig i Valls, no sirvió para lograr el objetivo que esperaba, consiguió otro más importante: unir “fe, ciencia, belleza e identidad nacionales” (2010: 245). Con ello, el camino para lograr la protección de otros espacios naturales quedaba expedito. Rápidamente, la senda fue seguida por la Montaña de Covadonga, que, en la década siguiente, se convertiría en el primer parque nacional al aunar “los valores tradicionales, monárquicos y católicos [con] la renovada potencia simbólica que esperaba extraer del majestuoso escenario natural de los picos de Europa” (2010: 237). Es decir, en un contexto en el que deliberadamente los valores paisajísticos se subordinaban a “referencias históricas, religiosas y, en definitiva, ideológicas” (Casado: 2016). Algo semejante ocurriría en el pirenaico Valle de Ordesa, que, al ligarse al cercano monasterio de San Juan de la Peña — para algunos tradicional “cuna del reino de Aragón” —, fraguó “una patriótica conjunción de paisaje y tradición, evocada por el legislador, al considerar este lugar como una ‘Covadonga aragonesa’” (Casado: 2016).

Sin embargo, la Sierra de Gredos, aun contando con indudables valores paisajísticos y naturales, no podía presentar credenciales suficientes para seguir en el mismo camino: ni sus leyendas sobre batallas entre moros y cristianos, ni las devociones locales o comarcanas pueden vincularse de manera ineludible a una mítica creación de España. Podría alegarse que en sus faldas meridionales se encuentra el Monasterio de Yuste, “asociado al recuerdo del Emperador que dominó el mundo y que simboliza el periodo de la mayor grandeza de España” (Vega, 1919: XXI). Ahora bien, Carlos I, el emperador que eligió Yuste para vivir sus últimos días, ha sido —y sigue siendo— una figura muy controvertida en la historia de España, siendo, por variadas razones, sus detractores muy numerosos. Pero, además, el propio monasterio distaba mucho de ser esplendoroso. De hecho, ya en 1873, cuando lo visitó Pedro Antonio de Alarcón, su estado era ruinoso.⁹ El propio Unamuno habla de su visita a las “ruinas

⁹ “La naturaleza se ha encargado de hermosear aquel teatro de desolación. Los trozos de columnas y las piedras de arcos, que yacen sobre el suelo de los que fueron patios y crujiás, ven-

del monasterio de Yuste”. Incluso, trascendiendo lo anecdótico, mientras en la Montaña de Covadonga se hallaba la supuesta tumba del legendario “Señor Rey Don Pelaio, el año de 716, que en esta milagrosa cueba (*sic*) comenzó la restavración de España, bendidos (*sic*) los moros” —según indica aún hoy una inscripción—, el punto más alto y reconocible de la Sierra de Gredos es la Plaza del Moro Almanzor, uno de esos “moros” contra los que se ha querido construir una cierta identidad de España. En suma, la Montaña de Covadonga y el Valle de Ordesa pudieron convertirse en “paisajes simbólicos” (Meinig, 1979: 143), vinculando políticamente su paisaje con el catolicismo tradicional y renovadas formas de nacionalismo para generar un modelo específico de identidad nacional. A diferencia de estos lugares, los valores ambientales de Gredos —en particular, a partir de su declaración en 1905 como coto real de caza— serían puestos al servicio de una tradición “elitista y señorial, basada en la privacidad y en las formas tradicionales de gestión cinegética de los grandes cotos de la nobleza y la alta burguesía” (Ramos, 2005: 14).¹⁰ Una tradición que entroncaba con aquella antigua percepción de “buen monte de oso en verano” del ya citado *Libro de la Montería de Alfonso XI* y que, gracias a los planes decenales de ordenación cinegética, se ha convertido actualmente en uno de los principales recursos económicos de los ayuntamientos gredenses (Tomé, 2018).

Esa pulsión, que reservaba la caza mayor para las elites, fue, desde los primeros momentos, complementada con una vocación turística “alpina”, que supuso, sobre todo, desde la apertura del Parador Nacional de Gredos en 1928, la edificación de albergues e instalaciones de hospedaje para cazadores y montañeros. Algo que ya tenía en mente el impulsor del Parador: “Con la Sierra de Guadarrama es y será la de Gredos el pulmón de la Corte y la expansión de las multitudes que en caravana creciente, a Gredos acudirán de día en día en busca de reposo, de salud y de gratísima expansión” (Vega, 1919: X).

ce vestidos de lujosa hierba. El agua, ya sin destino, de las antiguas fuentes, suena debajo de los escombros, como enterrado vivo que se queja en demanda de socorro” (Alarcón, 1919: 65).

¹⁰ Las descripciones que hace Julio Chamorro (1904-2010), quien fuera guarda mayor y guía oficial del Coto Nacional de Gredos durante décadas, son suficientemente reveladoras de este carácter (Chamorro y Martín, 2006).

CONSIDERACIÓN FINAL

A punto de finalizar julio de 1982, los grupos abulenses de montaña decidieron que la mejor forma de recordar lo que Camilo José Cela había contado un cuarto de siglo antes en *Judíos, moros y cristianos* sobre la serranía abulense era volver a andar el mismo camino. La marcha fue preludiada en la víspera con una conferencia en El Barco de Ávila. El propio Cela pudo ver arrancar desde Bohoyo a los doscientos montañeros, pero, dicen que mencionó que, en atención a sus muchos kilos, prefería esperarlos en el refugio de la Laguna Grande, donde los caminantes harían noche, trasladándose al mismo en helicóptero. Aunque eso supusiera perderse la lectura de los escritos cada vez que los montañeros pasaban ante un paisaje descrito en la obra. Claro que el fuerte viento impidió a la aeronave aterrizar, por lo que Cela se fue con la misma directamente a Candeleda, donde, al día siguiente, llegarían los caminantes, a tiempo para el condumio y la inauguración de la placa correspondiente con su nombre.

Diez años después, el 18 de julio de 1992, tras una marcha de poco más de seis horas (iniciada en el puente románico que cruza el río Tormes en el pueblo de la Aliseda), luego de salvar un gran desnivel, un grupo de montañeros arribó al Venteadero, a unos 2500 metros de altura sobre el nivel del mar. La intención de los caminantes era homenajear a Miguel de Unamuno, quien, tras ascender por ese camino al mismo lugar, en 1911, había quedado impresionado ante “el imponente espectáculo del anfiteatro que ciñe a la laguna grande de Gredos” (1966c: 350). En el acto, organizado por el Grupo de Montaña Almanzor, Pablo de Unamuno, nieto del escritor, recitó el poema “En Gredos”, compuesto por su abuelo tras aquella subida. La lectura fue seguida de la de otros versos y vino precedida por un coloquio realizado el día anterior en Aliseda de Tormes.

Estos acontecimientos, que van más allá de la mera reproducción por parte de numerosas personas de determinados acontecimientos de la vida de escritores vinculados con la Sierra de Gredos, muestran cómo la producción literaria de la misma incluye, a su vez, su propia reproducción, con lo que trasciende lo meramente literario. Así pues, esta creación literaria de un determinado lugar, con la reiteración de tópicos nombra-

dos una y otra vez por escritores y viajeros que, las más de las veces, no escuchan a las personas que allí viven, puede contribuir a asentar determinadas miradas sobre ese paisaje construido y recreado. Aunque escritores y vecinos vean el mismo paisaje con ojos diferentes y le otorguen diferentes significaciones, la popularización de esa visión estereotipada contribuye a crear un discurso hegemónico sobre la misma del que progresivamente participan visitantes, turistas, vecinos, políticos, ambientalistas, montañeros, etc. La unamuniana percepción de una “patria que en el paisaje se revela y simboliza” (1966h: 706), que sirvió para que en sus obras Gredos pudiera aparecer como símbolo de Castilla y España, es hoy día un reclamo turístico cuya única significación es “Unamuno estuvo aquí”, en el mismo lugar en que tú puedes estar. Puedes comer lo que cenó Cela en Bohoyo, sentirte, cual banquera alemana, una exploradora que atraviesa la sierra en busca de sí misma, atemorizarte ante el eco que los truenos provocan en las montañas o admirar el contraste entre el azul profundo del cielo y el albor de la nieve (cuando la hay, pues en tiempos de cambio climático dejó de ser perpetua). Todo ello para sentir individualmente algo semejante a lo que un escritor dijo que allí podía sentirse. Porque el turista siente su experiencia individualizada. La misma —o casi— en cada caso, pero sentida de forma individual. Sin embargo, valga la paradoja, los vecinos de la comarca seguirán usando colectivamente esos textos que, hablando de agua y piedras, dicen que ellos continúan en el mismo sitio. Aunque esos escritos no los nombren a ellos o los tornen exóticos cercanos. Algunos de esos escritos, como la mayoría de los unamunianos, han sido vaciados de contenido y son sólo parte de una imagen disponible para ser explotada. Pero, complejizando la paradoja, sirven para que personas que no conocen la Sierra, tras leer estos textos, se vean tentadas a conocerla de modo presencial. Y, a la vez, aunque no es el único recurso económico de la sierra, eso sirve para que los que allí viven puedan seguir haciéndolo y, además, con orgullo. En suma, si queremos conocer cómo son las relaciones que los vecinos de la Sierra de Gredos tienen con su entorno natural y social, no podemos obviar una construcción literaria de la misma que, puestos a prestigiar, incluye a tres Premios Nobel de Literatura: Ernest Hemingway, Camilo José Cela y Peter Handke.

REFERENCIAS

- ALARCÓN, Pedro Antonio de (1918). “De Madrid a Santander” [1892], en *Viajes por España*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, p. 74.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de (1919). “Una visita a Yuste”, en Pedro Antonio de Alarcón *et al.*, *Yuste y la Sierra de Gredos*. Madrid: Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, pp. 1-70.
- ALFONSO XI (1877). *Libro de la Montería. Con un discurso y notas del Excmo. Señor D. José Gutiérrez de la Vega [siglo XIV]*, tomo II. Madrid: Imprenta y fundición de M. Tello.
- Alojamientos Rurales en Gredos (s.f.). “Gredos y Unamuno”. Disponible en <<https://www.gredos-rural.com/index.php/noticias-en-gredos/21-noticias-de-la-zona/26-gredos-y-unamuno>>.
- BAROJA, Pío (1908). *La dama errante*. Madrid: Ricardo Rojas.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio (2009). “Las veladas de Gredos” [1945], en *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en la República Dominicana*. Santo Domingo, República Dominicana: Archivo General de la Nación, pp. 261-265.
- CASADO, Santos (2016). “Patrias primitivas. Discursos e imágenes de la naturaleza en el primer conservacionismo español”, *Arbor*, vol. 192, núm. 781, p. 343. Disponible en <<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/2147/2864>>. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2016.781n5001>.
- CASADO, Santos (2010). *Naturaleza patria. Ciencia y sentimiento de la naturaleza en la España del regeneracionismo*. Madrid: Marcial Pons / Fundación Jorge Juan.
- CELA, Camilo José (1956). *Judíos, moros y cristianos: notas de un vagabundaje por Ávila, Segovia y sus tierras*. Barcelona: Ediciones Destino.
- CHAMORRO, Julio y J. Ramón Martín (2006). *Gredos. Un siglo entre piornales y roquedos*. Ávila: Caja de Ávila.
- DANIELS, Stephen (1993). *Fields of Vision: Landscape Imagery and National Identity in England and the United States*. Princeton: Princeton University Press.
- DE LA VEGA INCLÁN, Marqués (1919). “Noticia preliminar”, en Pedro Antonio de Alarcón *et al.*, *Yuste y la Sierra de Gredos*. Madrid: Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, pp. vii-xxiii.
- DU HAMEL, Victor (1847). *La Liga de Ávila: novela del tiempo de las Comunidades de Castilla*. Madrid: Francisco de Paula Mellado.
- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Nicolás (1848). “Poema didáctico” [1765], en *Obras de D. Nicolás y D. Leandro Fernández de Moratín*. Madrid: Rivadeneyra, p. 62.
- GONZÁLEZ CANALEJO, Antonino (2015). “El regeneracionismo y la Institución libre de enseñanza en el descubrimiento de las montañas españolas: Guadarrama y Gredos”, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Facultad de Geografía e Historia.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Manuel (1930). *Sierra de Gredos. Itinerarios*. Madrid: Patronato Nacional de Turismo.
- GONZÁLEZ EGIDO, Luciano (1983). *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- HANDKE, Peter (2019). *La pérdida de la imagen o por la Sierra de Gredos*. Madrid: Alianza Editorial.
- HEMINGWAY, Ernest (1966). “Por quién doblan las campanas” [1940], en *Obras selectas*, t. I. Barcelona: Planeta, pp. 913-1434.
- MARAÑÓN, Gregorio (1919). “Elogio médico de la Sierra de Gredos”, en Pedro Antonio de Alarcón *et al.*, *Yuste y la Sierra de Gredos*. Madrid: Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, pp. 71-91.
- MEINIG, Donald W. (1979). “Symbolic Landscapes: Some Idealizations of American Communities”, en Donald W. Meinig (ed.), *The Interpretation of Ordinary Landscapes: Geographical Essays*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 164-192.
- O’BRIEN, Kate (2016a). *Mary Lavelle* [1936]. Londres: Virago Press.
- O’BRIEN, Kate (2016b). *That Lady* [1946]. Londres: Virago Press
- PADILLA, Juan de (1912). “Los doce triunfos de los doce apóstoles” [1521], en Rayond Foulché Delbosc, *Cancionero castellano del siglo XVI*, tomo I. Madrid: Bailly-Bailliére. Disponible en Biblioteca Digital de Junta de Castilla y León: <<https://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=5106>>.
- PÉREZ-CARDENAL, Andrés (1914). *Alpinismo castellano. Guía y crónica de excursiones por las sierras de Gredos, Béjar y Francia*. Bilbao: Lerchundi.

- PLIKAT, Bernd (2011). *Sierra de Gredos: Circo de Gredos, Valle del Tiétar, Valle del Jerte; 56 excursiones*. Ávila: Rother.
- PULIDO, José (2011). “Gredos es la Gran Vía”, en Gonzalo Blanco y Julián Alonso (eds.), *Ávila, soledad sonora*. Zamora: Forcal, pp. 148-160.
- RAMOS, José Luis (2005). “Concepciones económicas en los inicios de la conservación de la naturaleza en España: nexos y contrastes con el caso estadounidense”, *Revista de Historia Industrial*, núm. 28, pp. 11-45. Disponible en <<https://www.raco.cat/index.php/HistoriaIndustrial/article/view/63685>>.
- SANTAMARÍA, Tomás *et al.* (1995). *Gredos, roca viva*. Valladolid: Proatur.
- SANTAYANA, George (2002). *Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía* [1944]. Madrid: Trotta.
- SENDER, Ramón J. (1998). “Santayana o el hombre al margen”, en *Limbo. Boletín de estudios sobre Santayana* (suplemento de la revista *Tóremá*), núm. 6, pp. 1-27. Disponible en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4393392>>.
- Sensación Rural (s.f.). “Sierra de Gredos ‘techo de Castilla y corazón pétreo de España’”. Portal turístico. Disponible en <<https://www.sensacionrural.es/blog/sierra-gredos-techo-castilla-espana/>>.
- SERRANO, Juan A. (2019). *Montañas de Unamuno. 32 rutas naturales*. Albacete: Uno.
- SOGREDOS (s.f.). “El camino de Unamuno”. Disponible en <http://www.sogredos.com/rutas/unamuno.php>.
- SOREL, Andrés (2002). *La noche en que fui traicionada*. Barcelona: Planeta.
- Terranostrum (s.f.). “Turismo activo en la Sierra de Gredos y Valle del Tormes”. Disponible en <<https://www.terranostrum.es/turismo/ruta-por-la-comarca-del-valle-del-tormes-gredos>>.
- TOMÉ, Pedro (2018). “No hacer nada para mantener el equilibrio: la confusión como enmascaramiento del ajuste en un espacio protegido del sur de Castilla y León”, en José Antonio Cortés Vázquez y Oriol Beltrán (coords.), *Repensar la conservación. Naturaleza, mercado y sociedad civil*. Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 89-105.
- TOMÉ, Pedro (2017). “La nostalgia como cronopolítica. A propósito de los paisajes y las gentes de la Sierra de Gredos”, en Pedro Tomé (coord.), *Reflexiones rayanas*, vol. II. Ávila: Asociación Antropología Castilla y León Michael Kenny, pp. 221-239.
- TOMÉ, Pedro (2016). “Paisajes serranos en una economía política de los sentimientos”, en Luis Díaz Viana y Dámaso J. Vicente (eds.), *El patrimonio cultural inmaterial de Castilla y León*. Madrid: CSIC, pp. 161-182.
- UNAMUNO, Miguel de (1996). “Carta a Rubén Darío. 8 de febrero de 1900” [1900], en *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 81-83.
- UNAMUNO, Miguel de (1966a). “O bom Jesus do Monte” [1909], de “Por tierras de Portugal y de España” en *Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 231-237.
- UNAMUNO, Miguel de (1966b). “Excursión” [1908], de “Por tierras de Portugal y de España”, en *Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 281-286.
- UNAMUNO, Miguel de (1966c). “De vuelta a la cumbre” [1911], de “Andanzas y visiones españolas”, en *Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 350-354.
- UNAMUNO, Miguel de (1966d). “El silencio de la cima” [1911], de “Andanzas y visiones españolas”, en *Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 355-359.
- UNAMUNO, Miguel de (1966e). “Al pie de la Maladeta” [1919], de “Andanzas y visiones españolas”, en *Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 470-473.
- UNAMUNO, Miguel de (1966f). “Camino de Yuste” [1920], de “Andanzas y visiones españolas”, en *Obras completas. I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 478-480.
- UNAMUNO, Miguel de (1966g). “Montaña, desierto, mar” [1924], de “De Fuerteventura a París”, en *Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, pp. 570-572.
- UNAMUNO, Miguel de (1966h). *De Fuerteventura a París* [1925], en *Obras completas VI. Poesía*. Madrid: Escelicer, pp. 673-737.
- UNAMUNO, Miguel de (1966i). *Cancionero. Diario poético* [1928-1936], en *Obras completas VI. Poesía*. Madrid: Escelicer, pp. 931-1439.
- UNAMUNO, Miguel de (1966j). “Salamanca” [1927], de “Romances”, en *Obras completas VI. Poesía*. Madrid: Escelicer, pp. 775-782.

- UNAMUNO, Miguel de (1966k). “En Gredos” [1911], de “Andanzas y visiones españolas”, en *Obras completas VI. Poesía*. Madrid: Escelicer, pp. 512-515.
- UNAMUNO, Miguel de (1966l). “Poesías sueltas” [1894-1928], en *Obras completas VI. Poesía*. Madrid: Escelicer, pp. 783-921.
- UNAMUNO, Miguel de (1914). “Epílogo”, en Andrés Pérez Cardenal, *Alpinismo castellano. Guía y crónicas de excursiones por las Sierras de Gredos, Béjar y Francia*. Bilbao: Casa Lerchundi, pp. 129-131.
- VEGA INCLÁN, Marqués de la (1919). “Noticia preliminar”, en Pedro Antonio de Alarcón *et al.*, *Yuste y la Sierra de Gredos*. Madrid: Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, pp. VII-XXIII.

RELATOS ETNOGRÁFICOS POR LOS CAMINOS DE RIAÑO¹

MIGUEL ÁNGEL CASILLAS BÁEZ

INTRODUCCIÓN

En la primavera de 2015 llegué a la Montaña Oriental Leonesa para estudiar Riaño con la compañía y dirección de Pedro Tomé.² Aquella era la primera de dos estancias³ de investigación etnográfica para buscarle preguntas y, quizás, alguna respuesta al horizonte futuro para Temacapulín (Jalisco, México),⁴ todavía hoy amenazado por inundación con la inconclusa construcción de la presa El Zapotillo. Esto es, con estancias de investigación en España provocamos un distanciamiento espacial a la investigación en México para producir un extrañamiento temporal en la comparación etnográfica entre los procesos sociales de Temacapulín y de Riaño. Con la estancia y la comparación pusimos en práctica aquella lección, añeja entre los etnógrafos en México, de que “la antropología se hace con los pies” (Fábregas, 2015): conocimos el camino desde Nuevo Riaño hasta el cementerio, que ni los riañeses recorren, excepto para los contadísimos sepelios; charlamos por los caminos con vecinos en entrevistas informales o bien para buscar las viejas sendas, como la ruta vadiniense o el camino de Santiago, que lo mismo se encuentran en un tramo como luego se pierden en el pantano, el camino del viaducto por el puente donde la superficie del agua es reflejo de los dis-

¹ Agradezco a Pedro Tomé la lectura y todas sus sugerencias para este texto, así como su apoyo para trabajar en la etnografía en Riaño en estancias de investigación de las que aquí doy cuenta.

² Científico titular del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Consejo Superior de Investigación Científica de España (CSIC).

³ Apoyadas por el CSIC mediante el programa iCOOP+2014.

⁴ Que en ese momento era mi investigación principal en un proyecto convertido en tesis de Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social, en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Occidente, México (Casillas, 2016).